

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN QUE A LA RAZÓN SE HACE

Lecturas actuales del *Quijote*

Textos

del Encuentro de Escritores de Béjar

y

los Coloquios Cervantinos de Ávila



Junta de
Castilla y León



Instituto
castellano y leonés
de la Lengua

PATRONATO DE LA FUNDACIÓN "INSTITUTO CASTELLANO Y LEONÉS DE LA LENGUA":

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN, FEDERACIÓN REGIONAL DE MUNICIPIOS Y PROVINCIAS DE CASTILLA Y LEÓN, CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE BURGOS, UNIVERSIDAD DE LEÓN, UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BURGOS, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE LEÓN, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE PALENCIA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEGOVIA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SORIA, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID, DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA, AYUNTAMIENTO DE ÁVILA, AYUNTAMIENTO DE BURGOS, AYUNTAMIENTO DE ARANDA DE DUERO, AYUNTAMIENTO DE MIRANDA DE EBRO, AYUNTAMIENTO DE LEÓN, AYUNTAMIENTO DE PONFERRADA, AYUNTAMIENTO DE SAN ANDRÉS DEL RABANEDO, AYUNTAMIENTO DE PALENCIA, AYUNTAMIENTO DE SALAMANCA, AYUNTAMIENTO DE SEGOVIA, AYUNTAMIENTO DE SORIA, AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID, AYUNTAMIENTO DE MEDINA DEL CAMPO Y AYUNTAMIENTO DE ZAMORA.

Director de la Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua:
D. GONZALO SANTONJA GÓMEZ-AGERO

Gerente: Alejandro N. Sarmiento Carrión.

Coordinador de Literatura: Julio Valdeón Blanco.

Coordinadora de Lengua: Beatriz Díez Calleja.

© de la edición: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
© de los textos: sus autores.

I.S.B.N.: 84-933837-9-1

Dep. Legal: SG-77/2005

Carlos Mata Indurain*
(GRISO-Universidad de Navarra)

MICOMICONA VS. DULCINEA
(XXX)

El capítulo comienza con la justificación de don Quijote por su comportamiento en la liberación de los galeotes (aventura que Sancho ha contado al cura y el barbero); el hidalgo manchego se muestra muy enfadado con su escudero:

—*Majadero [...], a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias: solo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido: y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene*

* Secretario del Comité científico del Congreso Internacional *Tirso de Molina* (Soria, febrero de 2004).

Y más adelante hace alusión a «la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado». Tras este pasaje de conexión con lo narrado en el capítulo anterior, Dorotea, «que era discreta y de gran donaire», le recuerda a don Quijote (hablándole en fable) el don prometido de ayudarla y no meterse en otra aventura hasta no haber recuperado su reino. Don Quijote le reitera su promesa y le pide diga su cuita y las personas de las que debe vengarse. Dorotea-Micomicona afirma que lo dirá todo, «si es que no os enfadan oír lástimas y desgracias». Por su parte, Cardenio y el barbero están «deseosos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea», mientras que Sancho está tan engañado como su amo.

Al comenzar su relato, Dorotea vacila en su nombre, pues se le ha olvidado el que le puso el cura, pero éste la saca del atolladero, alegando que las desventuras pueden quitar la memoria a las personas, hasta el punto de hacerles olvidar sus nombres. Le apunta que es «la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomición», y con esta ayuda, ella se dispone a relatar «mi verdadera historia». Su madre fue la reina Jaramilla y su padre el rey Tinacrio el Sabidor, docto en las artes mágicas, quien profetizó que su hija quedaría huérfana y sería atacada por su enemigo Pandafilando de la Fosca Vista, un «descomunial gigante, señor de una grande ínsula que casi alinda con nuestro reino». Seguro que a Sancho se le alegraron las pajarillas al oír la palabra *ínsula*... El vaticinio señalaba que el maligno gigante le arrebataría el reino si no se casaba con él, y Tinacrio aconsejó a su hija Micomicona que huyera, pues no podría hacer frente a la «endiablada fuerza» del gigante, y que luego,

con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando a un caballero andante cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote o don Gigote.

Sancho Panza la corrige indicando que el nombre de su amo es don Quijote, también conocido como el Caballero de la Triste Figura. A continuación, Dorotea-Micomicona menciona las señales que tal caballero había de tener, en concreto, un lunar en el hombro. Al punto se quiere desnudar don Quijote para comprobar si es así, pero Sancho se adelanta indicando que sí tiene ese lunar, aunque no en el hombro, sino en el espinazo. Pero este pequeño detalle no importa, asevera Dorotea, y queda encomendada a don Quijote, del que pondera «la buena fama que este caballero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha»; palabras que, o bien demuestran la ignorancia de Dorotea en materia geográfica, o bien constituyen una burla intencionada de don Quijote.

Al comentar a continuación que desembarcó en Osuna, don Quijote objeta que tal localidad no es puerto de mar. De nuevo el cura tiene que echar un capote a la poco experta en geografía Dorotea, alegando que desembarcaría en Málaga y que Osuna sería el primer lugar donde habría oído hablar de don Quijote. Sea como sea, Micomicona está ahora feliz por haber encontrado a su caballero salvador: así, pide a don Quijote que mate al gigante (que lo degüelle) y recupere su reino. Además añade una interesante información: también quedó profetizado por su padre que ella habría de dar la posesión de su reino y su persona al caballero que acuda en su ayuda, casándose con él.

Asistimos en este momento a la felicidad de don Quijote ante la expectativa de una soñada hazaña: —*Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar*, le advierte a Sancho. No se acuerda en este instante de Dulcinea, en modo alguno, cegado como está por el brillo de la gran aventura que se le ofrece. Contagiado del mismo entusiasmo queda Sancho, que respira euforia por todos los poros de su cuerpo, como ponen de manifiesto sus palabras (en las que no falta una de sus habituales prevaricacio-

nes idiomáticas, en concreto al citar el nombre del gigante enemigo):

—*¡Eso juro yo —dijo Sancho— para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado! Pues ¡monta que es mala la reina! ¡Así se me vuelvan las pulgas de la cama!*

Muestras de su «grandísimo contento» son, asimismo, las dos zapatetas que da en el aire y la acción de tomar las riendas de la mula de Dorotea, arrodillarse a sus pies y besar sus manos, diciéndole que la recibe por reina y señora. Hay en este punto un interesante comentario del narrador acerca de la situación en que se encuentran los personajes: *¿Quién no había de reír de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado?* Dorotea promete a Sancho hacerle gran señor en su reino, y tales son las palabras de agradecimiento del escudero, que «renovó la risa en todos». Y es que, en efecto, la ínsula ya no es solo una palabra extraña aprendida al contacto con don Quijote, una promesa lejana: la ínsula empieza a hacerse realidad con Micomicona, está ya al alcance de la mano. ¿Qué falta? Una minucia: que su señor don Quijote quiera casar con la tal princesa Micomicona... Aunque esto no será tan fácil como piensa Sancho en su simplicidad. Pero no adelantemos acontecimientos...

Dorotea prosigue su narración diciendo que todos sus servidores se ahogaron en medio de una borrasca; ahora solo le queda como compañía el barbado escudero que viene con ella, «y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habréis notado». Después, la Dorotea-actriz, la Dorotea inventora de historias caballerescas, se justifica así de otros posibles errores en su relato:

—*Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor licencia-*

do dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

Palabras previsoras —para curarse en salud de posibles errores o incoherencias en la caballeresca historia que ha contado—, pero innecesarias. No hacían ninguna falta: don Quijote está preso ya en la red maravillosa de esta fabulosa aventura del gran reino Micomicón.

En efecto, don Quijote confirma una vez más a la «alta y valerosa señora» el don prometido, al tiempo que recuerda —murmurando entre dientes— que Ginés de Pasamonte le llevó la espada. Vencerá al gigante, sin duda, y quedará a su servicio pero... —ahora cae en la cuenta de algo, al recordar su ideal amoroso, Dulcinea, y la fidelidad caballeresca debida a la dama que es señora de sus pensamientos— no puede casarse con ella: una vez devuelto y pacificado su reino, la voluntad de Micomicóna quedará libre,

porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento, a aquella... y no digo más, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave fénix

¡Todo el gozo en un pozo para Sancho! ¡La ínsula, que ya no era un sueño, pues ya casi la tocaba con las puntas de los dedos, se volatiliza por un capricho de su señor, por un exagerado prurito de fidelidad a una Dulcinea que el escudero sabe que no existe! Es comprensible que Sancho, más que enfadado, esté enojado. Y, en efecto, «con grande enojo alzando la voz», se encara duramente con su amo:

—¡Voto a mí y juro a mí que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa

como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No, por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante. Así, noamala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo. Cásese, cátese luego, encomiéndole yo a Satanás, y tome ese reinó que se le viene a las manos de vobis vobis, y en siendo rey, hágame marqués o adelantado, y luego, siquiera se lo lleve el diablo todo.

Además Sancho, muy molesto porque teme no alcanzar el ansiado condado, afirma categórico que Dulcinea no es tan hermosa como Micomicona. Y, claro, don Quijote no puede sufrir tales blasfemias contra su señora Dulcinea y le da dos tremendos palos con su lanzón. Tales son los golpes, que si Dorotea no lo detiene, allí mismo le quita la vida a su escudero. También don Quijote está verdaderamente enfadado, como muestran los duros insultos dedicados a Sancho en lo que sigue: «villano ruin», «bellaco descomulgado» que «has puesto lengua en la sin par Dulcinea», «gañán, faquín, belitre», «socarrón de lengua viperina», «Hideputa bellaco», etc.

Nuestro voluntarioso caballero confiesa que es Dulcinea quien infunde valor a su brazo; don Quijote da ya por hecha la victoria, de ahí que use los verbos en presente: quien ha ganado el reino ha sido «el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de mis hazañas». Y añade una de las más hermosas frases del *Quijote* referidas a su ideal amoroso, la sin par Dulcinea: «—Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser». Sancho —le reprende su amo— es un completo desagradecido por decir mal de la que le ha levantado de su baja condición (don Quijote sigue dando por hecho tanto su victoria como

la merced a su servidor). El atemorizado escudero se protege tras el palafrén de Dorotea, argumentando de acuerdo con su lógica pragmática: si don Quijote no se casa, no habrá reino; si no hay reino, no le podrá conceder mercedes... Pero su ingenio es despierto y ¡ya tiene la solución! Recordando que ha habido reyes amancebados, aconseja a su amo que se case con Micomicona para volver luego con Dulcinea:

—Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Eso es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va a decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto a la señora Dulcinea.

Don Quijote no puede menos que insultarlo de nuevo llamándolo «traidor blasfemo»: si nunca ha visto a Dulcinea, ¿cómo es que le ha traído un recado de su parte? Sancho se da cuenta de que le han pillado en un renuncio, pero al momento se corrige con viveza:

—Digo que no la he visto tan despacio [...], que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así a bulto me parece bien.

Don Quijote, que da por buena la explicación, lo disculpa y le pide perdón por su anterior enojo, porque «los primeros movimientos no son en manos de los hombres». Sancho comenta graciosamente que su primer movimiento es la gana de hablar, pues no puede dejar de decir lo que le viene a la lengua. Y añade que Dios será juez de quién hace más mal, «yo en no hablar bien o vuestra

merced en no obrallo». Dorotea zanja la disputa entre amo y criado, indicando a Sancho que bese la mano de su señor y le pida perdón, y que no diga mal de «aquesa señora Tobosa, a quien yo no conozco si no es para servilla»; igualmente, le pide que tenga confianza en Dios, pues no le faltará un estado donde viva como un príncipe. Cabizbajo, Sancho besa la mano y recibe la bendición de don Quijote, que quiere hablar con él aparte. En efecto, todavía no ha habido ocasión para que le cuente con detalle la embajada al Toboso y la respuesta de Dulcinea. Sancho le dice que pregunte todo lo que quiera, que él responderá, pero le ruega no sea vengativo. Y es que Sancho sabe que los palos recibidos han sido más por la pendencia de los batanes que por lo dicho contra Dulcinea, «a quien amo y reverencio como una reliquia, aunque en ella no lo haya, solo por ser cosa de vuestra merced».

Mientras tanto, el cura indica a Dorotea que ha andado muy discreta «así en el cuento como en la brevedad dél y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías». Ella confiesa que los ha leído, y también que sabe poco de geografía. Se inserta en este punto un comentario del cura sobre la credulidad de don Quijote, contestado por otro no menos interesante de Cardenio:

—Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?

—Sí es —dijo Cardenio—, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella.

Estas palabras de Cardenio son, en realidad, un autoelogio de Cervantes: elogio a su propia novela, elogio a su enorme capacidad de fabulación (recordemos que en el *Viaje del Parnaso* se

presentaba como «raro inventor»). Otro acertado comentario del cura sentencia que la de don Quijote solo es locura caballeresca:

—Pues otra cosa hay en ello [...]: que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento..

Aparte, siguen conversando don Quijote y Sancho, hechas ya las paces, sin rastro de enojo o rencor alguno entre ellos: «—Echemos, Panza amigo, pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias». La impaciencia de don Quijote por conocer las nuevas de la embajada a Dulcinea se deduce de la sarta de preguntas que dirige a su escudero:

—¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la trasladó? Y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas o mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele.

Sancho confiesa paladinamente que no llevó la carta; se quedó en el librito de memoria de Cardenio, que don Quijote halló en su poder dos días después de su marcha. Sin embargo, Sancho tomó en la memoria tan «linda carta» y se la dijo a un sacristán para que se la trasladara. Pero ahora ya no la recuerda, tan solo

aquello del «sobajada», digo del «soberana señora», y lo último: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y en medio destas dos cosas le puse más de trecientas almas y vidas y ojos míos.

En definitiva, este capítulo 30 resulta muy interesante por la alta condensación de temas y elementos en él presentes: la caracterización de la discreta Dorotea como buena actriz y fabuladora de historias; la presencia del tema caballeresco, en el fingido relato de Micomicona, con el corolario de la fama de don Quijote extendida por todo el mundo; Dulcinea como fuerza motriz del caballero andante; la alusión del cura a la locura del hidalgo, matizando que es solo locura caballeresca, y otros comentarios metaliterarios del narrador; la ínsula prometida a Sancho Panza, etc. Desde el punto de vista lingüístico, no faltan las famosas prevaricaciones idiomáticas de Sancho, ni las expresiones populares («ni por pienso», «pelillos a la mar») y los refranes («tantas veces va el cantarillo a la fuente...», «A pecado nuevo, penitencia nueva») puestos en boca de don Quijote. Es un capítulo en el que encontramos a un don Quijote colérico, muy enfadado por dos motivos distintos: Sancho ha ido pregonando los detalles de la aventura de los galeotes y, lo que es más grave, ha proclamado la herejía de que Dulcinea del Toboso es menos hermosa que la princesa Micomicona. Del enfado inicial se pasa al enojo y los palos, pero luego, al final del capítulo, se recupera la complicidad acostumbrada entre amo y criado. Es, en definitiva, un capítulo que pone a prueba la firme y cotidiana amistad de don Quijote y Sancho, al tiempo que sirve de introducción al relato de Sancho en I, 31 relativo a su embajada y supuesto encuentro con Dulcinea